

\*\*\*

Primavera, dicen que necesitas ponerte tu capote de hule y abrir tu paraguas, para no matar. Cuentan que tus primeras flores y tus primeros frutos envenenan. Las lluvias son las que te ablandan así, como el llanto hace piadoso al hombre. Igual á nosotros, necesitas sufrir para ser buena.

Sufre, pues, Primavera, y da tus primeras flores, no á los cementerios, sino á las manos de las niñas blancas para que se las lleven á la Virgen.

## EL CRIMEN DE LA PROFESA.

Hay semanas color de sangre y la que acaba de pasar (¡acaban las semanas en sábado?) es una de ellas. Desde el lunes hasta el día de hoy sólo se ha hablado de puñales, cuchillos, cordeles para liar á la víctima de un odioso homicidio, reparto de alhajas robadas, hecho en la caverna de una antigua prostituta, quejidos de anciano agonizante, muerto á puntillazos, rostros pavoridos, sangre y esteror. Digna de tomarse en consideración es la circunstancia de que todos los presuntos reos de este crimen, habían estado ya en la cárcel, aunque por delitos relativamente mínimos. A excepción de Coleta, que nunca estuvo en la cárcel, sino en peores lugares, los acusados han sido todos huéspedes de lo que en Belén pudiera llamarse el cajón de la basura moral. Fueron á él por robos, por estafas, por homicidios perpetrados en riña, por delitos que infaman, pero que no tronchan la cabeza de un hombre. Y ahora han ganado un ascenso en su carrera, han subido, han trepado brutalmente á las gradas del cadalso. Ya están á la altura en que pueden ser vistos por toda la nación.

El crimen en sí es un crimen vulgar; homicidio por robo. No denuncia la bestialidad del Chalequero y de la Bejarano, quienes si se ayuntaran como macho y hembra engendrarían unos monstruos. No: se desprende del proceso que esos hombres querían beber copas de tequila, vasos de pulque; querían ir á la casa de juego; querían llevar dinero á prostitutas; y para alimentar esos vicios, no para satisfacer necesidades, se decidieron al robo, y éste los condujo fatalmente al cobarde asesinato.

Ninguna madre hambrienta, ninguna esposa en la indigencia les aguardaba en el hogar. Del lecho manchado en sangre, del lecho en que yacía el cadáver, á la cantina, á la sacristía de la tienda, al jergón de la perdida. Salieron del figón, pasaron por la pulquería, fueron al homicidio y regresaron á la cantina.

Entristece el alma pensando en las madres de esos desventurados. Ellas no les pedían nada: ellas vivían quién sabe cómo; pero sin esperar el auxilio de sus hijos que pernoctaban fuera de la casa ó lle-

vaban vida de Periquillos y de aventureros; ni amor filial, ni cariño conyugal, ni el ingente, apremiante deber de llevar pan á los hijos expirantes de hambre, intervinieron en este delito. La prostituta, el figón, el alcohol, el pulque, el coche de bandera amarilla, el empeño, la baraja, he aquí lo que se ve pasar en este proceso vulgarísimo. Ni siquiera la locura aparece excusando á los reos y pidiendo compasión para ellos. Todos son cuerdos. El único algo desequilibrado es Nevraumont. Pero este desequilibrio que se nota en la manera con que mira, en el modo con que acciona, parece un desequilibrio de *delirium tremens*. Treffel conserva suficiente sangre fría para alegar como abogado, y como abogado muy hábil. Es el médico de su deshonra, y procura aliviarla. La cara moral de Sousa, me parece una de esas caras empalidecidas por muchas noches de parranda. Me figuro sus ojos del color del tapete verde. Caballero, es vulgar, de los que riñen junto al puesto de enchiladas de una pulquería. Huele á *hojas con catalán*. Reyero es gris; Martínez, negro.

No conozco á ninguno de ellos; pero doy la impresión que de sus fisonomías internas me ha dejado la lectura del proceso. Los tres que van apareciendo como autores principales del delito, además de Martínez, que fué el brazo, el cuchillo, habían recibido buena educación y eran aptos para la lucha por la vida. Treffel sirvió como soldado á su nación; es vivo, sagaz, mañoso y de voluntad enérgica y emprendedora. Nevraumont tiene talento, virilidad y astucia. Sousa es listo. Pudieron medrar honradamente, poniendo en actividad sus aptitudes; pero el vicio pasó sobre estas cualidades su esponja empapada en alcohol, y las borró. Se quejan sin razón de la sociedad y de la suerte esas personas que desperdician sus elementos de trabajo, que llegan á no inspirar confianza y entonces piden protección y apoyo. Si con los ojos irritados por la embriaguez de la víspera; si en la puerta de la casa de la querida, al que conoce sus desórdenes y el desamparo en que dejan á sus familias, van á pedir ayuda generosa, ¿qué de extraño tiene el que la niegue? ¿Cómo ha de merecer trabajo ni socorro quien es capaz de robar y de ser cómplice en un homicidio, no por pasión, no por hambre, sino por vicioso? La sociedad suele ser injusta, pero casi siempre es previsora, y se defiende.

Lo que también aflige al leer esta causa, es la edad de algunos de los reos. ¡Qué triste primavera de la vida! ¡Por qué resbaladiza pendiente han ido rodando al abismo! ¡Ah, si los padres hablando, no fueran los abnegados encubridores de tantos crímenes ocultos . . . ! Primero el hurto doméstico, el platón de China que se perdió, el Diccionario que no parece, la quincena que en la calle le robaron al hijo, la cuenta del sastre que es preciso pagar, el reloj empeñado, la criada despedida porque entró á la recámara cuando el ropero estaba abierto y después vieron que faltaba en él un billete

de diez pesos; luego, la noche en que la madre espera ansiosa y llorando, en el balcón, al hijo que no viene; la madrugada en que baja á abrirle el zaguán y lo halla tambaleándose y tiene que subirlo casi en brazos; las náuseas del borracho al día siguiente, el cuidado para ocultarlo á los ojos de los criados; los amores con la portera en el tapanco de la pobre buharda; y á fuera de la casa, como escenario de la depravación callejera, el billar, la cantina, la ventana abierta impudicamente en algún callejón, la vivienda sucia adonde van como á resumidero el sueldo y la salud del aspirante á criminal, el jefe de la oficina que se queja de su vicioso subalterno, el zapatero que cobra, la riña con el gendarme y la primera entrada á la Comisaría.

¡Cuántos dramas encubren la sombra de la noche y el silencio de las madres!

Partiendo de la Comisaría, el descenso es más rápido. Se pide dinero prestado á los amigos del padre; se saca algo fiado en nombre suyo, en cualquiera casa de comercio; se va el escribiente fuera de la oficina porque el jefe lo echó; los robos domésticos dejan de ser domésticos; se pillea, se estafa, se vive con la querida hambroña que estimula y explota los hurtos de su amante; se contrae amistad con otros ladrones; se juega, se bebe, ya no en la cantina ni en la tienda, sino en el figón; se comparece ante un Juez Correccional . . . y el mejor día, quiero decir, la peor noche, se encuentra el joven en una relojería, frente á un cadáver, y se ve al mes siguiente en el banquillo de los asesinos.

Obsérvese el escenario en que se mueven los autores y cómplices del homicidio á que aludo. El fonducho de Reyero, la taberna de San Felipe, la cantina de la «India», la tienda de Tacuba, las *carnitas*, el pulque, la casa de Coleta: todos se embriagan, todos pegan, todos huelen mal, ¡todo sucio! Ni un ápice de pasión; ni un grito verdadero de necesidad; ¡todo vicio!

Martínez mata con la inconsciencia y brutalidad de nuestros *léperos*. Es la bestia humana. Caballero, que había proyectado el robo, deja la dirección de éste á Nevraumont, por el encogimiento con que el trigüeño ve al blanco, y el respeto rencoroso con que á pesar suyo, ve el hombre del pueblo á aquel de clase superior á quien está habituado á obedecer. Sousa no entra porque es más débil. La virilidad de Nevramont le ha arrancado la dirección de lo que llamaban su *negocio*. Treffel y Nevramont son los que, compitiendo en astucia, habilidad y codicia, se disputan la mejor parte del robo. Martínez es el indio desconfiado, cabiloso y cruel que mata para que no lo roben los dos blancos.

Coleta espera las alhajas para ir á tomar un ponche á la cantina.

Ni emoción, ni pasión, ni novedad, ni destreza hay en este crimen vulgarísimo que sugiere tan tristes reflexiones.

## DESPUES DEL CRIMEN.

Hablar todavía del crimen de la Profesa es una falta de educación. La copa de tequila que pidió Nevraumont; los zapatos que se propone hacer Sousa; la magnanimidad de Treffel que devolvió á la familia del que había robado las alhajas que no tuvo tiempo de vender; la demencia del infeliz Martínez y los sustos de la señorita Coleta que—según el juez—tuvo bastantes novios, han pasado á la historia y casi ya se borran de la memoria ingrata de los hombres. Para perpetuar tales hechos, para grabarlos en lámina de oro, se proponen Sousa y Nevraumont—al decir de la prensa—hacer una comedia. Este será otro crimen que perdonará también el público, por curiosidad. Lo que se ignora aún es si algún músico desocupado y de genio no comprendido convertirá en zarzuela esa comedia.

Ya que, después de la sentencia, no puede influir ninguna opinión en la suerte de los reos, puedo hablar con franqueza. De lo que han escrito y publicado los *reporters*, resulta que todos los asaltantes de la relojería eran hijos excelentes, ciudadanos ilustres, y personas instruidas. Todos hablan de la mamá y del cariño que le tienen. No las alimentaban, no las mantenían, estaban siempre lejos de ellas; pero ¡eso sí! ¡las querían mucho! Treffel no habla de la mamá; pero es patriota. El se batió en la guerra del 70 y 71. Tal vez merezca pertenecer á la Legión de Honor.

De pasada ese insigne y preclaro defensor de su patria, insulta á las autoridades mexicanas. Se le olvidó que Alsacia pertenecía justamente á Francia, cuando quiso refugiarse en la Legación de Alemania; pero cuando quiso halagar á los franceses, el alsaciano-alemán se hizo francés. Vió que sus paisanos no eran tan fácilmente corruptibles ni tan dóciles á la presión de la alabanza, y entonces injurió á los barcelonetas que son tan franceses como los alsacianos.

Tragediantes primero, y comediantes después, han sido los héroes de este famoso crimen de la Profesa.

¿Qué dicen ustedes de ese cinismo con que Nevraumont habló á un *reporter* del *Universal*, diciéndole que se había regocijado, al ser aprehendido en Tüxpam, porque así se veía obligado á no salir de su patria? ¿Y qué de la dedicatoria puesta en el retrato que Martínez envió á su infeliz madre, á ella, que probablemente no sabrá leer, le habla de ósculos y emplea vocablos parecidos, casi para exhibirse como literato. Una lágrima de ese desventurado Martínez, que no sabe escribir, habría sido más elocuente que la verbosa dedicatoria escrita por Nevraumont.

Sousa es un ser débil, que desde luego reniega de sus compañeros y se propone hacer zapatos en la cárcel para que—ya cuenta con la próxima salida—cuando vuelva á tropezar con otros foragidos, decirse á sí mismo: ¡Zapatero á tus zapatos! Este caballerece cifra la honradez en el calzado y por eso la tiene en los pies.

El más caballero, es Caballero. Será porque no habla; pero es el que resulta lógico en el proceso.

Con motivo también de este celeberrimo jurado, se suscita esta cuestión: ¿es más criminal el hombre culto como Nevraumont, que el hombre semisalvaje como Martínez?

Aquí voy á alegar algo en disculpa de los mismos á quienes he atacado, porque ya los sentenció el tribunal del pueblo, y mi voz nada puede influir en su provecho ni en su daño.

Es verdad que el hombre de cierto talento y de cierta instrucción puede medir la responsabilidad de sus actos, prever las consecuencias de ellos y darse anticipadamente cuenta exacta de los riesgos á que se expone. Es verdad que esas mismas dotes intelectuales que posee, le dan medios ó recursos para luchar por la existencia, agravando, por consiguiente, el delito que comete, cuando acude á recursos criminosos. Pero téngase presente el medio en que se mueven esos tipos del mundo intermedio, entre la clase acomodada y la plebe, entre la inteligencia cultivada y la bestialidad humana.

Ese medio saturado de alcohol y de perfumes, salidos del tocador de alguna prostituta, envenena, emponzoña, más que el de esa zahurda en que se revuelcan los cerdos de la criminalidad. Esos señoritos, que han heredado vicios de ricos, tienen necesidades artificiales que no sienten los hombres del pueblo como Martínez. El vicio les forma fatalmente una atmósfera que va enervándoles poco á poco. El salvaje, la bestia humana, mata cuando tiene hambre, cuando tiene sed, ó cuando tiene ganas de matar, cediendo á los impulsos de su temperamento. En él se reconcentra el egoísmo: no vive para la sociedad ni sabe si ésta existe ó no: por eso no legitima sus amores, ni cuida de sus hijos, ni busca al médico cuando se enferma. Pero en cambio, saciados sus bestiales apetitos, queda

harto. No tiene las necesidades complicadas y múltiples del que procede de una raza que ha ido paso á paso pervingiéndose y degenerando; pero que fué, en algún tiempo, afortunada y próspera.

Por los cerebros de esos infelices, desmedrados vástagos de un árbol antes frondoso, ahora seco, anda la locura. Ya sus antepasados les dieron necesidades artificiales, pero siempre imperiosas, como es la de la morfina para la mujer acostumbrada á ella, y como es la del aguardiente para el ebrio. La satisfacción de esas necesidades se les impone fatalmente. Necesitan comprar un *jacquet*, como el indio necesita comprar una tortilla con chile verde ó un tamal; necesitan ir á las tandas, como su portero necesita una vela de cera para llevarla á la Villa; necesitan no parecer pobres, y como sus vicios les impiden ganar el dinero suficiente, como en la misma sangre de ellos va corriendo el veneno, apelan á medios criminales para satisfacer todas esas necesidades artificiales, que no por ser artificiales dejan de ser necesidades. Como el agua, buscan su nivel; quieren subir hasta la altura de donde bajaron; y ya está convertida en lodo la que fué agua limpia. Porque el lodo no sube; pero se acuerda de que fué agua.

Dan lástima estos hombres que ruedan en la escalera de la vida. Pero hasta su cinismo, como el de Nevraumont, es una manera, aunque torpe, de vestirse con elegancia moralmente. Treffel se viste de soldado; Nevraumont de hijo; Sousa de zapatero. Nada más Martínez se presenta desnudo para que le hagan la autopsia.

Y pidiendo perdón por haber hablado del proceso célebre—sabe Dios por qué—protestando olvidar hasta los nombres de los reos, quedo en espera de la compañía Roncoroni para ver crímenes en la escena y ensalzar á los criminales en la prensa.

## EL SUICIDIO DE NEVRAUMONT.

La clase media tiene su espuma como el populacho; espuma grasosa y mal oliente que es preciso quitar con el cucharón de palo, como se quita la del puchero rebosante. La espuma del barrio, la hez que, removido el vaso de barro, sube en burbujas nauseabundas á la superficie, es más repugnante á la simple vista y al olfato que la espuma de la clase media; pero ésta contiene tantos gérmenes morbosos, tantos bacilos como aquella. Pasad á ciertas horas de la tarde—particularmente en sábado—por la puerta de alguna pulquería; espiad por las ventanas en la noche, el interior de los figones: en esos sitios se aglomeran los fermentos de las enfermedades sociales. Si pudiéramos encerrarlos en tubos, en redomas, en matraces, como se encierran para que el hombre de ciencia los estudie, los gérmenes de la viruela y de la tisis, de la fiebre puerperal y de la escarlatina, veríamos en nuestro laboratorio de bacterología psico-fisiológica, los microbios, los corpúsculos de vida, las inverosimilitudes de veneno que producen el robo, el asesinato y el suicidio. En un aeroscopio recogeríamos los gérmenes que pueblan la atmósfera y aislados, fecundando con ellos un líquido alcalino, según el procedimiento de cultivo, observaríamos cómo se reproducen, cómo la bacteridia se multiplica en proporción geométrica, y cómo el microbio inoculado al abuelo, ya es legión en la sangre del nieto delincuente.

El gran trabajo de la educación consiste en esterilizar esa sangre viciada, en aplicar á la cañería que nos comunica con los miasmas del albañal, una bujía Chamberland.

La espuma de la clase media—clase tan mal estudiada por nuestros pensadores y de la que han visto los novelistas coterráneos la faz ridícula y la línea caricaturesca—no pulula en tabernas hediondas ni en figones pringosos; comienza en los billares vergonzantes,

codeándose con el cóime; se enturbia en las trastiendas; gasta levita y grasa en la levita; suele copiar oficios con marro temblorosa por el alcoholismo en alguna oficina pública; á menudo entra al empeño, las más veces con prendas ajenas, mañosamente hurtadas á la madre viuda ó al tío que no la pasa mal; compra billetes de la lotería; rifa alhajas falsas; va á la casa de juego á poner á una carta ó á alguna combinación de la ruleta las monedas que saca al novio de la hermana; en el garito, la toma al vértigo; si gana, corre á la casa de tolerancia, al tívoli de mala fama, á la ventila del teatro; si pierde, baja á la calle con ojos buscones, encandilados por la fiebre, para asaltar al primer desconocido que pasa, mintiéndole honradas miserias para pedirle una peseta; y en esa pendiente, untada de jabón, va descendiendo hasta ser traficante de carne de familia y llave falsa de la propia casa; hasta el cubil de la mujer con quien entronca, hasta el delito, hasta el banquillo, hasta el presidio, hasta el cadalso.

De esa espuma nació Nevraumont: espuma de puchero en cuyo fondo hay lonjas de buena carne, gajos de pollo, hilachas de sustancias nutritivas; pero espuma, al fin, que burbujea en la superficie, apesta, y que es preciso quitar con la cuchara de palo para echarla al caño. A él le ví una vez en la prisión de Ulúa. Su mirada forjada por un herrero tosco, dura y mellada por la suerte, me signió largo trecho, sin penetrarme, porque no era aguda, pero sí terca é insistente. Tenía el brillo obscuro de la brasa humeante. A través de esa obscuridad caliente, aunque á la vista fría; en el fondo de aquellas cuencas; en las lejanías de esa existencia torcida por el brazo del vicio, me parecía ver retratados rostros pálidos, figuras espectrales; los brazos blancos de la madre, ya empezando á amarillear, en el instante de suspender al cuello de su hijo el escapulario de la virgen del Carmen; la almohadilla forrada de verde, y claveteada de agujas cuyas puntas tantas veces hirieron las yemas de pobrecitos dedos muy trabajadores; el tápalo negro para ir á misa; el rosario colgado en el respaldo del catre; la silla que rompió el hijo—el que sabía mucho, el que tenía muchos amigos malos—al volver borracho á casa. . . . un cuadro honesto de miseria arañado por el vicio que gatea. Atrás, más atrás, veía hombres de talento, hombres ricos, mujeres que asistían á bailes, jóvenes disipados, calaveras, que iban envenenando la sangre de la raza. Y frente á mí, el coeficiente de esas fuerzas, de esas aspiraciones nobles, de esos orgullos atávicos, de esos vicios crecidos que no pudo la mano femenina detener; la miseria irresignada que se rebeló y vestida ya con la infamante blusa azul del presidiario.

Ese infeliz había indudablemente leído algo, en desorden, sin reflexión y sin paciencia, novelas de aventuras, luego cuentos pornográficos, versos de Plaza, boletines de periódicos; ese hombre había

oído dístantes voces que, saliendo de las raíces de la familia, le hablaban de dinero y de placeres: ese infeliz, degenerado por el vicio, aborrecía el trabajo, y estaba, por lo mismo, fuera de la única ley de redención. En esos cerebros se cristaliza la idea de sociedad en una forma monstruosa. La sociedad les parece la enemiga, la que les retiene sin justicia las monedas que necesitan para embriagarse, para pagar mujerzuelas, para jugar, para ser ricos, para ser lo que fueron seres á ellos vinculados en las generaciones anteriores. Les queda el hipo de la riqueza, y su boca hambrienta muere. Instintivamente huyen del trabajo como de una degradación. Prefieren perderse en la gran masa, en la gran podredumbre, en la canalla, como cerrando con su vida un círculo. Hombres de alas rotas, se arrastran sorbiendo por los poros del vientre las malas emanaciones de la tierra. Y al fin el líquido viscoso del pantano los pega á él, como prende una gota de goma las patas de una mosca. Dios no desaparece de esas conciencias; queda en ellas como cubierto con un vidrio grueso y verde. Al través de él miranle deforme ó como encubridor de la sociedad—fiera, ó como cómplice de ellos. Es un dios vuelto al revés; bueno, cuando el plan malvado se realiza sin obstáculo; malo, cuando el juez fulmina la sentencia. De nociones dispersas, de frases truncas, de plintos de ideas, se forman una religión para uso exclusivo de los criminales. El orgullo, como una copa de aceite, flota en la superficie del vaso nauseabundo. No son ellos comunmente el brazo del delito; pero sí la inteligencia cautelosa que lo coordina, y la lengua que azuza. No son el brazo, porque el ser degenerado es por naturaleza cobarde, no brutal; y tiene miedo al amigo, miedo á la madre, miedo al gendarme, miedo al juez, miedo á la muerte, miedo al infierno. Suponen que escondidos detrás de otro, no son vistos por nadie. Por eso buscan al irracional, al bruto, al macho. La naturaleza débil, pobre, enferma, gotea, como Lady Macbeth, su ponzoña, en la energía que ha de consumir el crimen.

En hombres así, cuando se les reduce al trabajo, cuando se les clava en el presidio, el suicidio es una consecuencia lógica, la última expresión de su cobardía, la única manera de evadirse que conciben. Carentes de tenacidad; repeliendo por naturaleza toda forma de trabajo; imaginando siempre que su nombre suena mucho, con vestigios de lecturas novelescas en la memoria, apelan al recurso teatral para morir. La religión y la superstición no les detienen, porque de toda religión y de toda ley social han suprimido la penalidad. La madre no les ataja, porque á la madre ya la han matado desde antes.

El criminal en bruto, raras veces se suicida. No razona su creencia ni la siente; pero es supersticioso. Y en algo sí cree, cree en el milagro; cree en la revolución que le va á abrir las puertas de la

cárcel; cree en el centinela que deja matar; cree en el clavo con que hace pacientemente un agujero en su mazmorra. Tiene miedo vago al infierno, porque el infierno es un pozo lleno de fuego. Quiere volver á abrazar á su madre, á «su vieja» á sus cachorros, porque ninguno de estos seres se avergüenza de él y han de llevarle el jarro de pulque, la canasta con frutas, el escapulario bendito. Para él, que se ha embriagado al son de la guitarra en los *velorios*, la *Capilla* no tiene el pavoroso aspecto que tiene para otros. Es el último velorio. Ya que no le ha sido posible quedarse en este mundo, robando y matando gente, se irá al cielo. Saborea con apetito la última comida, el último desayuno, el último cigarro. Puede ser que no lo maten. . . . puede ser que se fugue en el camino. . . . ¡se dan casos!

Y si lo fusilan, ¡al cabo había de morir alguna vez! La vida del pobre es mala y arrastrada. También á su compadre lo mataron. . . .!

En Belén, en Ulúa, en el patio de la prisión, en el calabozo, se divierte. Está en su medio: sale de la canalla suelta y entra en la canalla enjaulada, pero siempre en la canalla. No hay en él instintos heredados, que, siquier á ratos, le hagan ver con repugnancia la podredumbre hambrienta de esos sitios. Tampoco siente ese odio invencible al trabajo. Este le es antipático, pero no aborrecible. Y él es el indio casi irracional, el ser impulsivo, el que muerde cuando le pegan muy recio, y solo gruñe cuando le apalean y azotan sistemadamente.

Para recurrir al suicidio se requiere ser, en los más casos, de la casta de criminales á que Nevraumont perteneció. Treffel no se matará: de raza más vigorosa y más apta, perseguirá tenaz y sigilosamente algún proyecto de evasión. Y más dúctil también, ajustará su vida al medio en que hoy está, procurando utilizarlo. Nevraumont había caído *come corpo morto cade*. Era la copa ya vacía. Una racha de viento la volcó, y la hez postrera, negada antes al fondo, fué á perderse en las salobres ondas del mar.

## HECHICERA Y HECHIZADOR.

La galantería francesa acaba de cometer un acto de injusticia, condenando á Gabriela Bompard á veinte años de trabajos forzados. Eso es injusto, muy injusto; merecía que la ahorcaran.

Eyraud va á sufrir la pena de muerte. Y ese pobre hombre no ha sido más que una víctima de la desvergonzada mujerzuela, que por vestirse de pieles no hizo ascos á la piel humana. En resúmen, lo que hizo Eyraud fué comprar á la Gabriela un vestido de piel de Gouffé. que él va á pagar con su pellejo.

Yo disculpo á ese canalla que ni siquiera es un gran criminal. Lo considero incapaz de sentir el placer del crimen. Un hombre que mata porque le gusta la sangre, es más disculpable que el que mata porque le gusta el dinero. En Eyraud todo es bajo: sale del alcohol, del fango, de las enaguas sucias. Dobla el cuerpo de Gouffé, y lo mete, arrugado y hediondo en la maleta, de igual modo que dobla y guarda la camisa usada. Asesina por llevar un trapo á esa pérdida y por beber algunas copas de cognac. No es hermosamente malvado; no es artista, no es inventor ni original como homicida. Se le debe pinchar, como á pingajo, con el gancho del traperero. Su cabeza estará mejor en el canasto de la basura que en el cesto de la guillotina.

Pero ese hombre enlodado; ese hombre cuyo ser moral sale del proceso, como salen de la atarjea los que limpian albañales; ese huérfano de la vergüenza, á quien mató al nacer, tiene una disculpa en su favor: amó á Gabriela.

Me horroriza haber estampado esta verdad asquerosa. . . . pero, es verdad. . . . Amó á Gabriela! La vendía, la entregaba, se prostituía con ella; pero la vendía para comprarla; la entregaba para que no se le fuera; se prostituía con ella para hacerse amar de esa